

Fragmentos y Aforismos II

Hipólito Orejuela Tapia

Su recopilador Juan Charrasquea de la Colina, nos envía la segunda entrega de las nómulas y discursos fragmentarios que el profesor Orejuela dejó tras su fallecimiento. Aquí las transcribimos sin cambiar ni una coma. (Los editores)

(Cerrar el tiempo)

A los historiadores les encanta cerrar el tiempo: fundar épocas y sus respectivas jergonizas. Desde que la Ilustración se hizo cargo de contemplarse a sí misma como el rostro acabado de la humanidad, no se ha parado de formular espacios cerrados del tiempo, cada vez más y más pequeños; desde los tres bloques tradicionales: Antigüedad/Medieval/Modernidad, se ha ido pasando paulatinamente (algunos historiadores se atreverían a decir, ‘progresivamente’) a dividir estos en distintas períodos, aún más específicos, menos dilatados, más detallados, volviendo a establecer multitud de límites entre las cosas que parecían ser un todo continuo (y así tenemos el período misénico / clásico / helenístico / patrístico /renacimiento carolingio/ etc.).

Y así creen que la historia puede llegar a abarcar la profundidad. Que puede llegar a una especie de átomo temporal que no se pueda dividir más... ¿ése átomo sería el ‘evento’? Posiblemente, pero no me resulta del todo claro que 1) que un evento sea del todo indivisible y 2) que un evento por sí mismo pueda llegar a constituir una época.

Lo cierto es que el evento quiere entrar en la Historia. O mejor dicho, que el evento desea hacerse más minucioso: antes estaba reservado para nuestros monarcas y jefes de estado, cosa que en gran medida liberaba al pueblo de la tarea de rodear de 'eventos' su existencia... hoy día todo el mundo desea vivir en una película de Hollywood.

El destino de la vida privada es el buscarse un sitio en la Historia, y los historiadores no podían estar más contentos, afilando sus lápices.

La moda es lo que trata más de cerca este continuo cerramiento del tiempo. Desde Hegel se ha pretendido instaurar esa dialéctica de la historia en dónde cada clausura del tiempo pasado es, necesariamente, un 'progreso'. Y en ese sentido llevar chaqueta sport, es un 'avance' respecto de la rigurosa corbata y sombrero de mi juventud.

¡Qué fabulosa estupidez! Los niños juegan con ventaja: ¡Tienen a su favor el inexorable rodar de la Historia!

Recuerdo que una vez, saliendo del aula, después de la clase de Metafísica, el Sr. Soto, autorizados todos a tutearlo como Camerino, me abordó con su respectivo desenfado.

-Sr. Orejuela, la verda le digo que no pillé eso de que en la Historia no entramos nadie.

-¿Qué es lo que no entendiste, Camerino?

-Es que si yo estoy estudiando es porque me quiero superar a mí mismo... para ver si en un futuro puedo llegar a ser algo en mi pueblo. Regente, alcalde o hasta gobernador.

-¿Y eso qué?

-Pues que si lo logro podré entrar en la Historia... ¿no?

-Camerino, ¿no te das cuenta que es la Historia la que ha entrado en ti?

El paulatino progreso de toda la técnica nos ha llevado a cerrar todo el tiempo. La escritura cerró, en su momento, el pasado. Ahora, las telecomunicaciones están cerrando el presente. Con tristeza auguro que la tecnología empeñará todos sus esfuerzos en cerrar el futuro.

¿Qué es, por cierto, cerrar el tiempo? No es otra cosa que conocerlo.

(De Retórica)

Apunte de su diario, 11 de Noviembre –sin año, posiblemente 1964-.

Cuando el profesor Buenavista dejó la enseñanza debido a problemas de salud, y me hice cargo de la dirección de la Escuela Popular de Sabiduría Superior (E.P.S.S.), mi primera decisión fue deshacerme de la cátedra de Retórica, desde la cual y por la cual, el profesor Mairena fundara ésta noble empresa.

Las críticas fueron especialmente copiosas y un rumor recorría las aulas en los que me presentaba. Me consideraron, y hasta la fecha hay gente que me sigue considerando, un arrivista, un advenedizo y reaccionario contra el lenguaje poético y la bien ordenada retórica de debate.

La segunda maniobra fue aún más escandalosa y provocó una división de la cual la E.P.S.S., aún no se ha recuperado (cuando Arcadio Santibáñez se llevó a una gran parte del alumnado a fundar un Ateneo Sofístico en Zaragoza), ya que decidí iniciar, en vez de la cátedra ya mencionada, una sobre Teología.

Sin duda, se tiene que saber Teología antes de saber ‘cómo’ utilizar la palabra; no vaya a ser que se nos olvide que toda palabra es palabra de Dios.

Discurso pronunciado a propósito de la formación de la Cátedra de Teología en la E.P.S.S.

Estimados compañeros y alumnos:

Comparezco ante esta junta, que yo mismo convoqué, para dar algunas explicaciones en lo concerniente a la clausura de la cátedra de Retórica y su reemplazo por la de Teología.

Muchos de vosotros han visto en esta maniobra, no sin convocar en vuestras mentes al más radical de los malentendidos, una medida reaccionaria y en contra de lo que todos, de manera implícita, convenimos al reunirnos aquí.

Debo decir que no creo que haya manera más adecuada, pese a lo que a primera vista se nos deja parecer, de ser más fiel a la memoria del prof. Mariena que cerrando su cátedra de Retórica.

El buen uso de la palabra, implica sin duda, el reconocerla en el espejo de sí misma. Ya el buen Mairena, como bien me lo cuenta su alumno y sucesor, el prof. Buenavista, se devanaba los sesos por intentar demostrar a sus alumnos que antes de llevar una buena clase de Retórica (o quizás a la par), habría de llevarse una de Metafísica.

El hecho de que yo haya trocado la Metafísica en Teología es que su división me parece, en el fondo, una división extraña a su propia unidad y que nunca se conseguirá, por mucho que se intente, una Metafísica sin trascendencia. Toda la metafísica apunta a Dios. Y por más ateos que a veces nos sintamos en esta Escuela, reaccionando contra todo el movimiento eclesial que se nos viene por todas partes y nos ha obligado a la clandestinidad que hoy vivimos; invocamos al Ser, como si éste no tuviera nada que ver con el Ser supremo.

Ser = Ser supremo. Explicar esto corresponderá, por supuesto a la cátedra de Teología. Lo que me preocupa puntualizar ahora es que el uso irresponsable de la Retórica, nos ha desviado de la labor primigenia del prof. Mairena, que es promover el escepticismo.

Escepticismo definido muy bien como la erradicación paulatina de la fe, y nada más. Porque bien lo dijo en su momento D. Abel Martín: «Un acto de fe no consiste en creer sin ver o en creer lo que no se ve, sino en creer que se ve.»

Así pues resulta que del ejercicio de la Retórica, noté no sin apesadumbramiento, que surgían numerosos defensores de la creencia de su mirada propia... y si bien se dejó el Culto al Ser Supremo, no podían ellos menos que convertirse en los propios Santos de su Devoción.

Ningún problema habría en ello... si antes tuvieran en cuenta qué es la formación del 'ser', o sea de ellos mismos. Es decir, que vieran que toda palabra suya, por más personal que parezca, desciende de un lugar secreto que parece habitar dentro de sí mismos y que no tiene nada que ver con ellos, sino con un poder oculto que, de hecho, les ha formado como Uno. Y este poder sólo puede ser Dios... así que antes de usar la palabra como un instrumento de expresión, como supuestamente se pretende utilizar en el ejercicio de la Retórica, debería saberse qué es lo que quieren que se exprese del fondo de ustedes. No vaya a ser que, silenciando a Dios, nos hemos puesto a hablar en su lugar, pero en el fondo estamos diciendo lo mismo y para lo mismo.

Me cansé ya de escritorzuelos que van por ahí defendiendo la libertad de expresión. ¿Qué es esa burrada, sino la expresión más pura de los ideales burgueses metidos en la literatura? ¿Libertad de expresión? ¡Qué estúpida necesidad tienen los hombres de figurar en las instituciones de Dios (osease el Estado)!

El ejercicio de la Retórica, liberado de la fe, no tiene nada de malo. De hecho creo que sería bueno, al menos para la labor de descrédito de las ciencias que tenemos

que llevar a cabo, que se instaurara una Nueva Sofística... El problema con los sofistas es que normalmente acaban creyéndose lo que dicen.

-Queridos compañeros, hermanos, correligionarios de esta noble empresa, distinguido profesor, expongo, no sin malestar, la congoja producida por el fatídico anuncio de la supresión de la honorabilísima cátedra de Retórica, desde la cual el portodosnosotrosloado profesor Mairena, dictaba la sublime lección que a unido e invocado a todos los espíritus que aquí se congregan, y cuyos potentes ademanes parecen resistirse a desdibujarse del mismo aire que rodea el aula: tan clara y fuerte impresión dejaron él antes de abandonarnos para siempre; puesto que ningún destino más feliz que el de haber encontrado la técnica maestra de traducir mi verdad en palabras... cosa que una asignatura tal que, como Retórica-dialéctica resulta insustituible...

-¿Ya acabó, Santibáñez? –le pregunté malhumorado.

-Aún no. Porque los tertulianos aquí presentes, con sus miras puestas en la profesionalidad del buen decir (ya que decir es más bien un hacer) de su persona sea el más impecable posible. Y siendo imperativo...

Pero ya era tarde... Ya le había yo derribado con un puñetazo en la cara.

Muchos no entendieron mi gesto. Por eso cobró más fuerza la idea de que Santibáñez podría ser un buen ejemplo a seguir... y mi reacción, si bien un poco

desfasada, no del todo, pienso yo, inadecuada, les dio más cristianos motivos para escaquearse de mi cátedra de Teología.

La triste verdad es que la palabra, por sí misma crea un sentido. Y ese sentido, aunque sea involuntario, acaba constituyéndonos –o por lo menos, haciéndonos creer que nos constituimos- como sujetos de verdad. No toda palabra, es cierto... pero sí cualquiera que pueda enseñarse a usar en una clase de Retórica.

La lengua no se usa.

(De teología)

Dios es pura palabra... en eso consiste que el ejercicio de la retórica, desde los tiempos socráticos se volvió una necesidad expresa para todo aquel que quería ingresar en el Estado y sus instituciones, y su forma más moderna en los tertulianos y locutores de radio, encuentra su forma más elocuente.

La palabra es el simulacro que el sujeto utiliza de Dios. Lo que ha conseguido el capitalismo y la sociedad de bienestar es la universalización de un predicamento en esencia burgués. El individuo fue lo único que pudo resultar de semejante desmadre histórico. No nos equivoquemos, la modernidad es, simple y sencillamente, una reforma teológica.

¿Ateos? ¡No he visto nunca ningún ateo! He visto, es cierto, hombres que abandonan una Iglesia y se unen a otra... lo más van del Cristianismo a la Ciencia. Lo que no se dan cuenta es que en el fondo siguen siempre en busca de Dios.

Lo más cercano que he visto a un ateo, en toda mi vida, es a un hipócrita y resulta que normalmente ellos se autodenominan católicos.

Veo a Dios en todas partes y me santiguo, protegiéndome de él.

-Válgame Dios, prof. Orejuela, no diga ya tantas barrabasadas.

-No he dicho ni una que no tenga por cierta.

-¿Y cómo me dice a mí, un liberal, individualista, ilustrado y compañero suyo de este gran centro de enseñanza, crecido a la sombra de la masa infeliz e ignorante,

cómo, repito, si deje hace años de asistir a misa, de rogar por mi alma e incluso de decir 'Jesús' cuando alguien estornuda, cómo me va a decir usted a mí que no hay ateos?

-Señor Eustaquio, no se ponga así, recuerde su tensión. Usted que es tan inteligente y emancipado seguro podrá ayudarme a explicarme a mí mismo mucho mejor de lo que he dicho antes, puesto que mi torpe uso de la retórica siempre me lleva a explicarme de tal manera que casi estoy seguro que estoy en desacuerdo con lo que acabo de decir.

-Le ayudaré en todo lo que me sea posible, prof. Orejuela.

-Asegura usted... asegura que es ateo.

-¡Sin lugar a dudas! Afirmando con todo el peso de mi boca y toda la fuerza de mi voluntad que Dios no existe.

-¿De verdad lo cree?

-¡Por supuesto!

-¿Y usted cree que los creyentes no siguen teniendo la fe en que Dios es la Verdad?

-Supongo... aunque se equivocan.

-Es decir, los creyentes no pretenden decir mentiras cuando aseguran que Dios es la Verdad.

-Si no tienen mala fe, supongo que no.

-Tenemos que suponer que lo hacen de buena fe, si no, no vale...

-Como quiera.

-Entonces si unos creen en la Verdad y usted asegura tener la Verdad, ya hasta podemos conceder que ellos se equivocan y usted acierta... ¿No sería más creyente que los creyentes? O lo que es lo mismo, más cristiano que los cristianos.

-Monsergas, prof., no me lo está demostrando científicamente.

-Hijo mío, ¿no te das dando cuenta que lo que me estas pidiendo es justamente que te demuestre que Dios existe? ¡Eso yo no lo puedo hacer!

-¿Qué dice?

-Eso: ¿cómo te voy a demostrar algo 'científicamente' si la ciencia necesita expeditamente que exista Dios, o por lo menos su Orden?

-¿Orden?

-Claro. ¿Acaso por Dios te refieres a lo de los cuentos de la Biblia, a una sustancia barbuda y de túnica blanca? ¡No seas infantil, por Dios! ¿De qué sirve que seas ateo si, por más que quites al Señor, su reinado sigue intocable?